

*El corazón del otro* de Ana Teresa Torres (Caracas: Alfadil, 2005) se vincula directamente con dos obras anteriores de la autora: *Vagas desapariciones* (1995) y *Los últimos espectadores del Acorazado Potemkin* (1998). Dentro de su imaginario, la desaparición obliga a la reconstrucción y a la memoria, aspectos que cohesionan su obra.

Sin aparente profundización, pues Torres juega a deslastrarse de pesos hondos en su narrativa, es una reflexión acerca del impacto de la pérdida, el suicidio y la desaparición en la psiquis humana. Elvira Madigan es psicoanalista y desde ese lugar del saber –que reconoce la imposibilidad de saber–, se despliega su inquisición, y en torno a la búsqueda de su hijo se aglutinan las historias de muchos otros personajes.

Sin traicionar las claves de la novela policial, elabora un relato psicológico donde la desaparición y la búsqueda de una verdad, son esenciales. Texto-tesis, prueba algunos enunciados relacionados con el papel determinante de la infancia, de los primeros secretos, de la verdad y de la imposibilidad de conocer al otro.

Humor e ironía se destilan en pequeños guiños. Escrita desde la duda, desde la sospecha ante lo narrado (“Elvira Madigan. Qué nombre tan absurdo, parece falso”) la historia es una honesta ficción que aborda aspectos humanos esenciales.

Sin dejar de mantener el suspenso, intencionalmente desplazado a lo psicológico, sin angustias ni psicosis, rompe con la tradición, no crea sospechosos obvios, no sigue reglas clásicas. Los personajes son lo más importante y están elaborados desde el saber psicoanalítico; sin embargo, no se siente claramente el peso teórico, pues está bien integrado a la propuesta narrativa. Se cumple, de esta manera, un aspecto importante dentro de la narrativa de Torres: el paralelo entre el discurso narrativo y el teórico.

La autora se cuida y se protege, y aunque en este caso el personaje es más cercano por ser Madigan, psicoanalista; los límites son claros: el texto está casi blindado para que no haya presunción de relato autobiográfico.

Lo literario y lo cinematográfico se enlazan para sostener una trama que se construye desde la intención de señalar que todo es mentira, como dice el tango.

Destaca el uso de los nombres de los personajes. Salvo en el caso de los protagonistas principales, los nombres que remiten a claras referencias culturales no guardan relación aparente con los símbolos o mitos que representan. Constituyen un chiste, una parodia de un mundo extranjero funcionando en la realidad. Pero no hay inocencia en tal proceder. Las claves para desentrañar la historia no están en los acontecimientos narrados sino en las referencias dadas, el mundo “ficticio” de lo literario o lo cinematográfico. Así, es clave para desentrañar la trama, *El príncipe y el mendigo* o *The talented Mr Ripley*. Por esta vía, el lector se enterará acerca de por qué el personaje principal se llama Elvira Madigan y su hijo, Tom. Y podrá saber por qué Madigan asume “un dolor oscuro pero muy tranquilo”, elabora el duelo a través de la búsqueda de la verdad y acepta la pérdida para concluir que la verdad será la que necesite el corazón del otro.